

Y altamente abandonado  
Entregarme á mi pasión.  
No más forzarme yo mismo  
A ser de otra Delia amante,  
Y llegar como triunfante  
A engañar mi corazón.

¡Cuántas veces yo me acuerdo  
Que mi embriaguez procuraba,  
Y por el aire volaba,  
De mí huyendo, la embriaguez!  
No se manda en los afectos,  
Es la lección que he aprendido,  
Pero á precio tan subido,  
Que no la quiero otra vez.

Delia, Nise y Adelaida,  
Para mí nombres vacíos,  
De mis torpes desvarios  
El tributo os pagué ya.  
Burlaos, y mil que fueron  
De mis yerros compañeras;  
De mí nadie más de veras  
Que yo burlarse podrá.

Gozando vuestros halagos,  
A mí mismo me decía:  
«Ya no soy de aquella impía,  
Ya está libre mi razón;  
»Esta, si, es amante dulce....  
—Pero Dorila no es esta»,  
Era toda la respuesta  
Que me daba el corazón.

Después mis yerros á Eulalia  
Conté filósofo grave,  
Y de la amistad suave  
Las delicias le pinté.  
Ya á un dios casi no envidiaba  
Mi vida sabia y tranquila,  
Y una letra de Dorila  
(Que sólo una letra fué);

Una letra de ella sólo  
Renovó toda mi llama,  
Que sólo una vez se ama;  
Y es fingido lo demás.  
¡Oh amor! con tal desengaño  
Serán mis horas serenas,  
Bañándose las cadenas  
Que no se rompen jamás.

## XIII.

## EL AMOR VERDADERO.

Desde que te vi, Roselia,  
Vertiste en mis venas fuego  
Un tranquilo y blando fuego,  
Que pudo llamarse amor.  
Deslizábanse mis horas  
Dulcemente en tu presencia,  
Aunque llevaba tu ausencia  
Sin afanoso dolor.

Érame tu voz amable,  
Sin inspirarme arrebató;  
Érame tu aspecto grato,  
Sin llegarme á enardecer.  
Sin inquietud enojosa,  
Sin delirante alegría,  
Seguro de mí, bebia  
En la copa del placer.

Tal Favonio lentamente  
Bate la selva enramada,  
Y el ténue murmurio agrada  
Al sereno espectador.  
Tal con pacífica lumbre  
Brilla la triforme diosa,  
Y tal de Tritón la esposa  
Despliega su leve albor.

Pero después que has pasado  
Los trabajos de Lucina,  
Cetro afecto me domina  
En que es más noble el gozar.  
Parece que mi ser todo  
Al tuyo se ha transferido,  
Y que en él se ha confundido,  
Como la lluvia en el mar.

Solicito por tu vida,  
Por tu salud y reposo,  
Con un cuidado sabroso  
Sin cesar busco tu bien.  
De mi pecho los afanes  
Son afanes de tu pecho,  
Y en el cambio más estrecho  
Tu dicha es mía también.

Cada pena que tú sufres  
Te hace más cara á mi vista,  
Y es una nueva conquista  
Que te cede mi razón.  
Y cuando endulzar consigo  
Algun dolor que te aqueja,  
En mí tu gozo refleja,  
Y enciende mi corazón.

La imagen por él formada  
Mira el pintor encantado,  
Porque en ella ha colocado  
Su trabajo y su saber;  
Y el agricultor se alegra  
Mirando la rubia espiga,  
Porque en ella su fatiga  
Coronada llega á ver.

Éstas ¡oh Roselia! míal  
Son las leyes verdaderas,  
Que el que crió las esferas  
Dietó para nuestra paz.  
Ni es más el brillo lumbroso  
De una pasión exaltada,  
Que esa nube matizada  
Por un reflejo fugaz.

Cuando en sus iris galanos  
El ciego joven se engría,  
Verá su necia alegría  
El viento desvanecer;  
Mas nuestro fuego, suave  
Como el fuego de la vida,  
Sin aparato convida  
A no fingido placer.

El amor que sirve al orden  
No recela las mudanzas,  
Que engañadas esperanzas  
Quiéren en vano evitar.  
Sereno al mar Bétis lleva  
Su raudal indeficiente,  
Mas el rápido torrente  
Debe al momento faltar.

Gocemos en tierno lazo  
Los instantes fugitivos,  
Y de afectos más activos  
No envidiemos la ilusión.  
Primavera eterna harémos,  
Ni con su hielo al Acuario,  
Ni con su fuego al León.

## XIV.

Si tú me quisieras,  
Mi adorado bien,  
Verías mi alma  
Nadar en placer.  
Tu mirada amable,  
Tu noble desden,  
Tienen dulcemente

Cautivo mi ser.  
¡Ay! ¡si á ti enlazado  
Me viera una vez,  
Cual la amante hiedra  
Se ciñe al laurel!  
¡Ay! ¡si yo tu aliento  
Pudiera beber,  
De tus labios rojos  
Cogiendo la miel!

Ya siento en mi alma  
La grata embriaguez  
De aromas, que rico  
Hacen tu vergel.  
La azucena y rosa  
Mezcladas se ven  
Al lirio y al nardo,  
Al mirto y clavel.  
De tan dulce encanto  
Gocemos, mi bien;  
Gocemos, que el tiempo  
No vuelve después.

## XV.

## EL AMOR IMPLACABLE.

Volando viene de Gnido  
El más fiero cazador,  
Buscando donde vibre  
El arco triunfador.  
Sobre la orilla del Bétis  
Suspende el vuelo á la voz  
De Elisis, que aún ignora  
La fuerza de su arpon.

Tranquilo estaba cantando  
El inocente pastor  
Oprobios y amenazas  
Contra el tirano dios,  
Cuando el alado flechero  
Llega, y con ceño feroz,  
«Zagal, le dice, prueba  
Si es cierta tu canción.»

Dispara el arco dorado,  
Traspásale el corazón,  
Y Elisis siente huégo  
Un desusado ardor.  
La bella imagen de Emilia,  
Entre divino esplendor,  
Lo enciende en vivas llamas  
De un despiadado amor.

Zagalejos, no insulteis  
A tan presto vengador;  
Ved castigado á Elisis  
Con eterno dolor.  
Suspira, gime, y con llantos  
Quiere aplacar el rigor  
Del numen en quien nadie  
Jamás piedad halló.

Suspire, gima y sus llantos  
Mire la noche y el sol;  
Mas, hecha ya la herida,  
No hay medicina, no.  
Llora, Elisis, y los zagales  
Aprendan de tu aflicción  
Que oprobios y amenazas  
No valen contra amor.

## XVI.

## EL RECELO.

En la carrera larga  
De amor desengañado,  
Juzgué que era imposible  
Sujetarme otra vez á tal tirano;  
Pero recelo mucho  
En sus terribles lazos  
Enredarme de nuevo,  
Y perder el reposo suspirado.  
¡Cielo elemental aparta  
De sobre mí tal rayo;  
Mas ya oír me parece

El estallido presago de estragos.  
¡Oh! tú, de enfermedades  
Deidad sabia, Esculapio,  
Dime si por las señas  
Está de mí el amor apoderado.

Cuando á Delia veo  
Me siento turbado,  
Y mis manos baña  
Un sudor helado.  
Dime, deidad sabia,  
¿Indica esto algo?  
Cuando á hablarle voy  
Se hielan mis labios,  
Y lo que he de hablarle  
Busco con cuidado.  
Dime, etc.

Cuanto me gustaba  
Me va fastidiando,  
Y pienso en mil cosas,  
Y en nada me paro.  
Dime, etc.  
Cuanto hacia su casa  
Me voy acercando,  
Sin saber por qué,  
Se traban mis pasos.  
Dime, etc.

Me acuerdo de ella  
Sin yo procurarlo,  
Y sus movimientos  
Tengo retratados.  
Dime, etc.  
Brilla su nobleza  
En todo su trato,  
Y aunque dulce siempre,  
Con temor le hablo.  
Dime, etc.

Sus ojos y frente  
Contemplo pasmado,  
Y el gracioso torno  
De sus lindos brazos.  
Dime, etc.  
Cuanto pasa en mí  
No puedo explicarlo.  
Si para tí bastan  
Estos cortos rasgos,  
Dime, etc.

## XVII.

## HIMNO Á VENUS.

*Hominum, divumque voluptas,  
Alma Venus... rerum naturam sola gubernas.  
Te sociam studeo scribendis versibus esse.  
LUCRECIO.*

También á tí en estos sitios  
Elevaremos altares,  
Reina de tierras y mares,  
Dulce madre del amor.  
No ya nuestro incienso humee  
Al intonso Febo solo;  
Y cuando honremos á Apolo,  
A Venus demos honor.

No aplaudida ni invocada,  
Se adelanta á nuestro ruego,  
Y nos hace de su fuego  
Gustar el celeste bien.  
Y por su mandado el hijo  
Las doradas alas bate  
Y en nuestro favor combate  
Contra el femenil desden.

Recibe, pues, bella diosa,  
De tu ardor los nobles frutos,  
Que son los santos tributos  
Con que se honra tu deidad.  
Primicias porque ya espera  
De nuestro fecundo celo  
La Colonia de Marcelo  
Su antigua prosperidad.

II, Ps.-XVIII.

## CANTILENAS.

Germinal un pueblo inmenso  
Ya estoy viendo en mi presencia,  
Que de su dulce existencia  
Quiere el origen hallar.  
Con ansia curiosa en vano  
De su ser busca las fuentes;  
Que sólo pueden patentes  
Nuestros fastos presentar.

Aquí encontrará gozoso  
A un tiempo origen y ejemplo,  
Y de Venus en el templo  
Dulces himnos cantará.  
Y de las hermosas ninfas  
Que honran la clara corriente  
Del gran río de Occidente,  
El coro le seguirá.

Ya mi espíritu lanzarse  
A la edad futura veo,  
Y que dulce corifeo  
De estos cultos debo ser.  
Escucha, pues, caro enjambre,  
Sobre la lira gozosa  
El himno que á la gran diosa  
De continuo has de ofrecer.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo,  
De hombres y dioses vida,  
Inunda nuestras almas  
En tus delicias.

## CORO DE MANCEBOS.

La juventud sin Venus  
Es juventud perdida,  
Cual rosa abandonada,  
Que seca se marchita.  
Los días que se gastan  
En vuestro amor, ¡oh ninfas!  
Deben llamarse solos  
De nuestro ser los días.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

## CORO DE DONCELLAS.

La joven que no goza  
De un joven las caricias  
Es en el alto golfo  
Desamparada isla.  
No, Vesta, no tu rito  
Verá ya más cautivas,  
Que en vuestras almas reina  
Deidad más compasiva.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

## CORO DE MANCEBOS.

Ya la clemente diosa  
Se muestra, ¡oh caras ninfas!  
Ya en vuestros pechos luchan  
El gozo y cobardía;  
Y nuestro ardiente coro,  
Que vuestra voz hechiza,  
Ya la orgullosa frente  
A vuestros pies inclina.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

## CORO DE DONCELLAS.

La diosa en vuestra ayuda,  
En alas de la dicha,  
Mas rápida que el rayo  
Desciende á su conquista.  
Triunfó; mas no tememos  
A tu dominio, ¡oh Cipriol!  
A las injurias sólo  
Tememos de Lucina.

## AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.  
Y celebremos todos

Tu ley divina,  
Que en nuestros pechos  
Resalta eserita.

## CORO PRIMERO.

Tu ley, que en dulces lazos  
El universo liga.

## CORO SEGUNDO.

Tu ley, con que las flores  
Su bella tez matizan.

## CORO PRIMERO.

Tu ley, que el pez adora  
Entre las ondas frías.

## CORO SEGUNDO.

Tu ley, con que los astros  
La luz se comunican.

## LOS DOS.

Y aún sobre el alto Olimpo  
Tu grata ley domina,  
Y el padre omnipotente  
A tu poder se humilla.

## LOS DOS.

Pues ya el mejor aroma  
Que Arabia envía  
Nuestros votos envuelva  
Sobre tu pira.

Reina de tierra y cielo,  
Del mundo vida,  
Que inundas nuestras almas  
En mil delicias.

## CORO PRIMERO.

Fijo tan dulce raptó  
Siempre en vosotras viva,  
Como el mayor planeta  
El mundo siempre anima.

## CORO SEGUNDO.

Y cual constante el Atlas  
Eleva la alta cima,  
Constante vuestro pecho  
A nuestro amor se rinda.

## LOS DOS.

Gloria á la diosa  
De las delicias,  
Cuya guirnalda bella  
Ya en vuestras sienas victoriosa brilla.  
Y que las gracias [1].  
Siempre nos rian,  
Y en siempre frescas rosas  
El venturoso tálamo nos ciñan.

## XVIII.

## LA HORTELANA,

EN TRES PARTES.

## PRIMERA.

## EL DESPOSORIO.

Al huerto delicioso  
Que eterna primavera  
Lozanamente borda  
De lirios y azucenas;  
Do amor vital aspira,  
Y amor perpetuo reina,  
Y amor las aves cantan,  
Y amor el prado alegra;  
Baja el mejor esposo,  
Que virgenes mil cercan;  
¡Oh cielos! admiraos  
De ver su gentileza.  
En tu feliz aurora,  
¡Oh cándida inocencia!  
No del Geon gozaron  
Tal dicha las riberas.  
Sal al encuentro pronta,  
Felice jardinera,



Que el pecho de tu esposo  
De amores centellea.  
Los ojos apacibles  
Inclina á la floresta,  
Y nunca vistas rosas  
Brota de amor la tierra.  
Ambar de eterna vida  
Fragancia al aura presta,  
Y á su presencia nacen  
Deleites y bellezas.  
Mas ¡ah! ya acompañada,  
Cual tímida doncella,  
De amigos del esposo,  
La esposa se le acerca.  
Corre el esposo amante,  
La majestad depuesta,  
Y en los robustos brazos  
Al corazón la estrecha;  
Al corazón, que vence  
En lumbre al sol y estrellas,  
Y amor ardiente y puro  
La inflama y la embelesa.  
Amor en holocausto  
La sacrifica, y, presta,  
De amores engañosos  
La turba vil se ausenta.  
Ya ni el deleite vano,  
Ni la falaz riqueza,  
Ni la ambición hinchada  
Su corazón inquietan.  
«En tu cerrado huerto  
Mansion haré perpétua,  
Oh esposo que me sobras  
Por cuanto el orbe ofrezca.»  
Clama; con dulce risa  
Acepta el Rey la ofrenda;  
Cantan los serafines  
De amor tanta proeza.

SEGUNDA.  
LAS ARRAS.

El bello jardinero,  
Que esposo has elegido,  
Monarca es de la tierra,  
Arbitro del imperio.  
Que de la régia gloria  
Por tí se ha descendido,  
Para que en traje humilde  
Disfrutes sus cariños;  
Cual ya de Magdalena  
Verse dejó en el sitio  
Que rompió de la muerte  
Los despiadados grillos.  
Pastorcilla inocente,  
Su esposa hacerte quiso,  
Y reinará un día  
Sobre su trono mismo.  
En tanto, pues, zagala,  
Con amoroso oído  
Escucha las grandezas  
Que te destina pío.  
De sesenta guerreros  
Su lecho está ceñido,  
Entre los fuertes todos  
De Israel escogidos.  
El tálamo, de cedros  
Del Líbano exquisitos,  
Esmaltan la esmeralda,  
El topacio y zafiro.  
Las columnas de plata,  
De oro cendrado hizo;  
El trono y los tapices,  
De púrpura de Tiro.  
El cetro omnipotente  
Es de rubí encendido,  
Y la corona encima  
De espléndido ametisto.  
Todo es, zagala, tuyo,  
Y ensancha el pecho altivo,  
Que rica has de gozarte  
De dones más subidos.

¡Ves cómo, al deslizarse  
Arroyo en el estío,  
Sobre la blanda arena  
Con sosegado giro,  
Retrata el sol sus rayos  
En el cristal tan vivos,  
Que arderse mira el agua  
Con animado brillo?  
Así, esposa, en tu alma  
El gran rey de los siglos  
Retratará de lleno  
Su esplendor infinito.  
Y en prenda te da el nombre,  
Terror de los abismos,  
Impreso por su mano  
En tu nupcial anillo.  
Entona, pues, alegre  
Mil amorosos himnos,  
Y siempre el bosque suena,  
Tórtola, en tus gemidos.  
Y á tu suave arrullo  
Tu esposo adormecido,  
El arco de justicia  
Deponga compasivo.  
Su majestad oculta,  
Para que en sus dominios  
Reinar, esposa, puedas  
Con ánimo atrevido.  
Ama, zagala, y arde  
De amor en sacrificio,  
Y de tu amor el orbe  
Conozca el poderío.  
Desde tu humilde choza  
Gocen tus beneficios  
Las islas que aún la prora  
Hender el mar no han visto.  
¡Qué mucho, si el esposo  
Que amante te ha elegido,  
Monarca es de la tierra  
Y árbitro del imperio!

TERCERA.  
LA AUSENCIA.

En una fresca siesta,  
Que hicieron á porfía  
La sombra, el aura y aves  
De mil deleites ricas,  
Al lado del esposo,  
Blando sueño oprimía  
A la zagala amante,  
Segura de su dicha.  
Despierta, y de repente  
Las flores ve marchitas,  
Arido el prado, y secas  
Las fuentes cristalinas.  
El aire tenebroso  
Le roba el claro día;  
Truena, y airado el cielo  
Su perdicion fulmina.  
Sombra horrenda de muerte  
La cerca y la fatiga;  
Sin color cielo y tierra  
Sus tristes ojos miran.  
¡Qué hará en tanto conflicto?  
Gime, llora, suspira,  
Y en busca de su esposo  
Por el vergel se agita.  
¡Miser! ¡cuán en balde?  
No, no hallará tu vista  
Sino recuerdos tristes,  
Que más y más te aflijan;  
Que en tierras apartadas  
Tu amado esposo habita,  
Y de tu desventura,  
Y aún de tu amor, se olvida....  
Mas ¡ay! ¡no ves de pronto  
Volar por la colina  
Que ante tu huerto se alza  
Una nube encendida?  
Trono es, en que se muestra  
La religion propicia,

Para fortalecerte  
En tantas agonías.  
Mas no suaves dones,  
No halagos y caricias,  
Sino en amargo cáliz  
Pena y dolor te brinda.  
Y al ausentarse deja  
La alta cruz erigida,  
Que á tu mente la imagen  
De tu amado repita.  
Tal como en otro tiempo  
Del Gólgota en la cima  
Sufrió, víctima tuya,  
De su padre las iras;  
De su padre, que en sólo  
De estrellas despedía  
El rayo, del gran hijo  
A la preciosa vida.  
Al pié del árbol sacro  
Vive feliz cautiva,  
Y en llanto no agotable  
Intúndalo afligida.  
Y junta, triste esposa,  
Hacecillos de mirra,  
Y á siempre nuevas penas  
Tu pecho fortifica.  
Quizá de tus dolores  
Volando la noticia,  
Alguna vez de nuevo  
Tu amante á tí se rinda....  
¡Lloras!.... ¡El llanto ardiente  
Que abrasa sus mejillas,  
¡Ah! del mejor esposo,  
Cielos, piedad consiga!  
Ven ya, céfiro blando,  
Suavemente espira,  
Esparce el alma soplo,  
Y el mustio huerto anima.  
Ven.... ya de nuevas flores  
El prado se matiza,  
Corren las fuentes claras  
Y el aire se ilumina.  
Todo en vital aliento  
Hinche fresca alegría;  
De tu amor todo anuncia,  
Zagala, la venida.  
Largo rigor ostenta  
Y á instantes lo termina;  
Su amor verte no sufre  
Gemir por sus delicias.  
Oyelo ya á tus puertas:  
«Abreme, esposa mía,  
Mi amorosa paloma,  
Mi ardiente y dulce amiga.  
»No de rigor me acuses,  
Si con crueldad fingida,  
Para mayor guinalda  
Tus lágrimas quería.»

XIX.

No siempre, amada mía,  
El cielo está nublado,  
Ni siempre despiadado  
Sus olas alza el mar.  
Que tenga, pues, que tenga  
Su fin ya tu desvío,  
Y el tierno llanto mio  
Te empiece ya á ablandar.  
Mitad del alma mía,  
Mi vida, mi recreo,  
Admite mi deseo,  
Mitiga mi dolor,  
Y tus hermosos brazos  
Me infundan, dulce dueño,  
El embriagado sueño  
De un satisfecho amor.  
En fin, amor, vencimos;  
¡Qué dulce, qué tranquila  
Depone ya Dorila  
Su ceño y su altivez!

Momento inesperado!  
Ya el himno, agradecido,  
Te entonaré, Cupido,  
Por la primera vez.

XX.

A BARINA.

Si la voz halagüeña  
De Mirtilo te engrie,  
Acuérdate, Barina,  
De Jove vuelto en cisne.  
Escarmienta de Leda,  
Y guárdate, infelice,  
De que por tí en el cielo  
Nuevos luceros brillen.

XXI.

A LA AUSENCIA DE MIRTILO (1).

Llorad, ninfas del Bétis,  
Llorad el hado esquivo  
Que de vuestras riberas  
Separa ya á Mirtilo.  
Mirtilo, cuya lira,  
Honor del sacro Pindo,  
Cantaba vuestras glorias  
En amorosos himnos.  
Contra las fieras ondas  
Del ponto embrevado,  
¡Ay! una frágil tabla  
Va á ser su único asilo.  
Así, amistad sagrada,  
Permites que el destino  
Separe á los que unieron  
Sus vínculos divinos?  
Como festiva madre  
Al inocente niño  
Suele mostrar del iris  
Los matizados brillos,  
Que súbito apagados  
Por huracán impío,  
En llanto le convierten  
Su encanto fugitivo (2);  
Así, Mirtilo amable,  
La suerte me ha vendido  
Un gozo pasajero  
Por mil y mil suspiros.  
Oh dios del gran tridente,  
Que en tu feliz dominio  
Sustentarás glorioso  
A mi adorado amigo,

(1) Hemos hallado este apunte entre los papeles del célebre escritor don Martín Fernández de Navarrete:

«El doctor DON MANUEL DE ARJONA, rector del colegio Mayor, llamado de Maese-Rodrigo, en Sevilla, escribió esta anacreontica á mi ausencia de Sevilla, en 1793, al ir á embarcarme en Cádiz para la guerra con la República francesa.—M. F. DE NAVARRETE.»

Publicamos ahora esta anacreontica, no cual se encuentra en los papeles de Navarrete, sino algun tanto modificada por las correcciones que hizo en ella el mismo ARJONA. (Nota del Colector.)

(2) Así escribió ARJONA en un principio estas tres últimas estrofas:

Santa amistad, ¿para esto  
Tus vínculos divinos  
Han nuestros corazones  
Tan dulcemente unido?  
Cual la festiva madre  
Al inocente niño  
Suele mostrar del prisma  
El vario hermoso brillo;  
Velo de púrpura lo aparta,  
Y el misero infantil  
Convierte en llanto amargo  
Su encanto fugitivo....

(Nota del Colector.)

No permitas que Eolo  
Turbe tu mar tranquilo:  
Allá en sus grutas reine,  
A tu mandar sumiso;  
Y si prision no sufre  
El aquilon altivo,  
Y son sus tributarios  
Tus reinos cristalinos,  
Sólo francesas naves  
Sumerja vengativo;  
Y la ambición confunda  
Que al orbe ha confundido.  
Por ella Marte agita,  
De loriga vestido,  
Sus desbocados potros,  
De Alecto conducidos.  
Despide el fiero bronce,  
De estragos mil seguido,  
Envuelto en nube horrenda  
El espantoso tiro.  
Caen bellas ciudades,  
Y el romano artificio,  
Fruto de largos años,  
A polvo es reducido.  
Corre funesto el Mosa,  
En sangre humana tinto;  
Apénas Cloto puede  
Cortar ya tantos hilos.  
Reinan en toda Europa  
Dolor, llanto y gemido,  
Y á su Fileno deja  
El amable Mirtilo!

XXII (3).

Prospera, árbol felice,  
Y al cielo ensalza grato,  
Que en tí de Eufidia puso  
El nombre respetado;  
Aquel glorioso nombre  
Que te honrará entre tanto  
Que nazca el sol á Oriente  
Y espire en el Ocaso.  
Ya al mirto de Citere  
No busca amante mano,  
Y la oliva de Pálas  
Se avergüenza á tu lado.  
¡Qué mucho! Dafne misma  
Humilla á tí sus brazos,  
Y á tí solo respetan  
De Júpiter los rayos.  
Ya sólo de tus hojas  
Teje Uránia los ramos  
Con que los claros vates  
De Apolo son ornados;  
Y el gran rey del Olimpo  
Un tiempo ha señalado  
En que tu nombre adoren  
Los polos apartados.  
Apénas á tus cultos  
Será bastante espacio  
Un templo más soberbio  
Que el que abrasó Erostrato.  
Ya deja sus arenas  
El árabe tostado  
Y quemá sus aromas  
En tus grandiosos átrios.  
Del Tiber y del Sena,  
Del Támesis nublado,  
En gruesas tropas vienen  
Los moradores sabios;  
Y á su patria volviendo  
Quien, por sus hechos altos,  
De tus divinas hojas  
Se ufana coronado,  
En caja más preciosa  
Que la que halló Alejandro,  
Al envidioso pueblo  
Ostentará su lauro;

(1) Para una academia á la cual se dió por insignia un álamo.

Y del ardiente gozo  
Vertiendo alegre llanto,  
«Hijos, dirá, guardadla,  
Mis glorias emulando.  
»Si no, no conserveis  
Depósito tan santo,  
Que de él saldrán un día  
Llamas para abrasaros....»  
Instantes tan gloriosos,  
Cielos, apresuradnos;  
Que Iberia ya suspira  
Ansiosa por gozarlos;  
Y á tí no tanto nombre  
De Aleides ser el árbol  
Como la gran Eufidia  
Hoy, álamo, te ha dado;  
Que él de monstruos la tierra  
Con la clava purgando,  
De nuestra heroica empresa  
Ni aún fué leve dechado.

XXIII.

La púnica avaricia  
En vuestro rico seno  
¡Oh montes Marianos!  
Halló su vil contento;  
Pero, aunque vil, bastante  
A inspirar nuevo esfuerzo  
Al belicoso consúl,  
Más que fuerte avariento.  
Tinto el Bétis de sangre,  
Llevó pálidos cuerpos  
Al reino de Anfitrite  
Para sepulcro eterno.  
Desoladas las mieses,  
Encadenado el pueblo,  
Las mismas yertas rocas  
Su destrucción gimieron.  
¡Oh avaricia, cuán bajos  
Son tus altos proyectos!  
¡Oh! por leves placeres  
Pides muy caro precio.  
Mas yo tranquilamente  
En tu dichoso seno  
Hallé, felice monte,  
Mi gloria y mi recreo:  
La discrecion de Pálas,  
La hermosura de Venus,  
La grandeza de Juno  
Sin contienda ni riesgo.  
Como el pastor del Ida,  
Por cuyo juicio vieron  
Los crüeles Atridas  
Al Iñon ardiendo;  
Pues todo lo he encontrado  
En tu feliz encuentro,  
Dulce pastora mía,  
Amor de Jove excelso.  
¡Oh! ¡cómo tú aventajas  
A cuanto con estruendo  
Emprendieron altivos  
Los romanos y griegos!  
¡Ah! seas tú mi bien solo,  
Y todo el oro cedo  
De este monte á quien tenga  
En él su vil contento.

XXIV.

AL PENSAMIENTO  
DEL HOMBRE.

¡Para qué fin, Licino,  
El Hacedor supremo,  
Arbitro de él, al hombre  
En este mundo ha puesto?  
Para que piense sólo;  
Para que el pensamiento  
Conforme únicamente  
A su sabio precepto;



Mas ¡ay! que la riqueza,  
La ambición, el imperio,  
Sus reglas trastornando,  
Son ¡oh mortal! tu empleo.  
Pensamiento admirable,  
Imágen del Excelso,  
¡Quién así desfigura  
En tí el divino sello?  
¡Admiración inspiras  
Y confusión á un tiempo!  
¡Qué grande en tí aparece!  
¡Qué bajo en tus defectos!  
¡Por qué, pues, ¡oh Licino!  
Busca el mortal soberbio  
De los demas mortales  
El no debido obsequio?  
Si no es que sus maldades  
Le den este derecho,  
O es muy necio en pensarlo,  
O es injusto en quererlo.  
Si sabio el hombre y justo  
Naciera, no á él propenso  
Naciera; lo nace,  
Pues nace inicuo y necio.  
De sus propios amores  
El es el solo objeto,  
Y fuera del no encuentra  
Quien pueda merecerlos.  
No la sabiduría  
Lo eleva del Eterno;  
No á contemplar se entrega  
Su hermosura suspenso;  
No la beneficencia  
En ternos sentimientos  
Su corazón líquida,  
Convierte sus afectos.  
Es más que al recibirlo,  
Dulce el bien al hacerlo;  
Verdad impenetrable  
A su insensible pecho.  
Licino, este es el hombre;  
Este el hombre que, ciego,  
O á su Criador ignora,  
O infama con desprecio.  
Pensamiento admirable,  
Vil y grande en tus yerros,  
¡Quién así desfigura  
En tí el divino sello?

## XXV.

A DON JUAN PABLO FORNER,  
FISCAL DEL CRIMEN DE LA REAL  
AUDIENCIA DE SEVILLA.

Del hispalense polvo  
Cubierta está la lira,  
Y al mirarla Minerva,  
Dolorosa suspira.  
» ¡Cómo, Norferio mío,  
Así, dice, me olvidas,  
Y al forense tumulto  
Te entregas noche y día?  
» De mi halagüeño coro  
Ya truecas las delicias  
Por delitos atroces,  
Por crueldades impías?  
Y las hermanas nueve,  
Consternadas de oír  
(Yo las vi), en llanto amargo  
Su hermosura marchitan.  
Y los cóncavos valles  
De Helicon repetían  
Sus lastimeras voces,  
Que entre quejas decían:  
« ¡Oh! mal haya la patria  
Que al premio no sublima,  
Al que de nuestro seno  
Primero no retira. »

XXVI.  
Á LA VIRTUD.

De nuestra frágil vida  
Las glorias desaparecen,  
Más ténues ¡oh Licino!  
Que el venticillo leve.  
Desde las régias aulas,  
Cubiertas de doseles,  
Que el pérsico tesoro  
Ornó soberbiamente,  
Hasta la humilde choza,  
Do apenas pobre césped  
Del Orion lluvioso  
Al labrador defiende,  
Cuando el feroz acero  
La cruda Pareo mueve,  
¡Cuál, miseros mortales,  
Cuál ¡ay! todo fenecel!  
¡De qué sirve que, oh Nilo,  
Pirámides elevas,  
Que al cabo desplomadas  
Del tiempo el triunfo ostenten?  
Ni ¡cómo esperó Caria  
Que el tiempo no ofendiese  
Portentos del orgullo,  
Sus altos capiteles,  
Y vida hallar eterna  
Porque ocultaba reyes  
De cuyo excelso nombre  
Se olvidaron las gentes?  
¡Oh muros de la Asiria!  
Colosos eminentes,  
Asombros de la fama,  
Y de la edad juguetes,  
¡Adónde, adónde hallaros  
El caminante puede,  
Si ni en polvo y ruinas  
Os conservó la suerte?  
Y tú, por quien no en vano  
La Grecia se conmueve,  
Y á las retéas (1) playas  
Sus linos mil extiende,  
Después que con la sangre  
Los céfiros conceden  
De la doncella argiva  
Sus soplos ya clementes,  
¡Ay! ¡qué te dió de vida,  
Glorioso hijo de Tétis,  
A tu furor deshecha,  
De Asaraco la hueste?  
Ni ¡qué haber debelado  
Los trances insolentes,  
Y al campeón troyano  
Atado al carro ardiente?  
El Simois, que en su sangre  
Colora la corriente,  
También á tu osadía  
Sepulcro ya previene.  
En la ribera Estigia  
Tus miembros robusteces,  
Incauta madre, y dejas  
El pié libre á la muerte.  
Bastante para el arco  
Del robador alevé;  
Bastante á quien la ayuda  
De Febo airado tiene.  
El vencedor, que ufano  
Para Micéas vuelve,  
No de la atroz venganza  
Dulce memoria prueba:  
Y mientras aún la Hama  
De Hion el aire enciende,  
Corte adúltera mano  
Su vida y sus laureles.  
Ni cuando la en sus naves  
República potente  
El africano cónsul  
Intrépido domelle,

(1) Retéas, troyanas.

Tú, altivo Capitolio,  
Al júbilo te entregues;  
Que ya envidioso el hado  
Cadenas te promete.  
De tus marchitas flores  
Harán bárbaras gentes  
Guirnaldas, transformando  
En duelo tus circenses.  
¡Ay! que los raudos ciervos  
Del tiempo vuelan siempre,  
Y filos la tijera  
De Cloto nunca pierde.  
Alzad soberbias moles,  
Buscad nombre perenne,  
Y yo, mortales, viva  
En ignorado albergue.  
Hogar humilde mío,  
Que de Pomona y Ceres  
Con fáciles afanos  
Los dones enriquecen.  
La bella luz te alumbre  
De virtud inocente,  
Y nunca altivo fansto  
A mis umbrales llegue.  
Que tú, virtud divina,  
Los siglos sola vences,  
Y sola, hija del cielo,  
Su eternidad concedes.

## XXVII.

## LA AMBICION.

Ambición execrable,  
Tu venenoso pecho  
Todo el horror encierra  
Del despiadado Averno.  
Por gradas de delitos  
Subes al sóho régio,  
Y leyes das que llevan  
La muerte al universo.  
Vuela ¡oh mísera! en alas  
De tu sublime intento  
Sobre la faz del orbe  
Para admirar tus hechos.  
Allá una triste turba  
Mira arrastrar, gimiendo,  
Por gustos de un tirano,  
Ignominiosos hierros.  
Allí ve un ancho río  
Pasar con fiero estruendo,  
La onda roja de sangre,  
Sobre hacinados yelmos;  
Y en su manchada margen  
Amarillar funestos  
Los campos de áun no frios  
Cadáveres cubiertos.  
Ve desde Oriente á Ocaso  
Abandonar el puerto,  
Y al piélago entregarse  
Los ambiciosos pueblos;  
Cual surgen las olas,  
Cual el furor del éuro,  
Cual la humeante nube  
Envuelve entre sus fuegos,  
¡Oh mar! no bien domado  
Jamás del frágil leño  
Que el yugo vergonzoso  
Redimas altanero.  
Muestra tu horrenda alfonbra  
De oro, naves y cuerpos....  
¡Oh Ambición! ¿te complaces?  
Estos son tus trofeos.  
Y con el mar compiten  
Los campos, que, desiertos,  
Aun lloran los destrozos  
De tu mortal veneno.  
Ve del grandioso egipcio,  
Ve allí del sabio griego  
Y del romano fuerte  
Los miserables restos.  
Tu inspiración, que altiva

Los elevó al imperio,  
Del conjurado mundo  
Los entregó al despecho.  
Y éstas las almas altas  
Son, y los héroes éstos  
Que á la fama dan nombre  
Para adornar su templo!  
Ya los mortales honran  
Con reverente incienso  
A los que de su sangre  
La tierra y mar tiñeron;  
Y de siglos en siglos  
La gloria va creciendo  
Del críuel que á la muerte  
Llevó á nuestros abuelos.  
Y entre tanto en las sombras  
Yace de vil silencio  
El hombre que abre al hombre  
Las fuentes del consuelo.  
Pasa ignorado Licio  
Entre el vulgo, que necio  
A un magnate señala  
Con respetoso dedo.

Yo, Licio, yo te he visto,  
Con más que humano esfuerzo,  
Destrozar de la muerte  
El victorioso acero;  
Y á mi adorada Clori  
Arrancar de su gremio,  
Que entre sus brazos daba  
Ya el postrimer aliento.  
Naturaleza jura  
Que te serán en premio  
De par en par patentes  
Sus misteriosos senos;  
Y tú de los mortales  
Al beneficio atento,  
Nuevas auras de vida  
Inspiras al enfermo.  
Y áun tu divina ciencia  
No basta al ancho cerco  
A que extenderse anhela  
Tu corazón inmenso.  
Y tú ignorado pasas  
Entre el vulgo, que necio  
A un magnate señala  
Con respetoso dedo.  
¡Por qué acusais, mortales,  
De vuestro mal al cielo,  
Si de vuestras saetas  
Armaís al hado adverso?  
Mirais al que os consuela  
Con desdeñoso ceño,  
Y adorais los autores  
De vuestro vilipendio.

## XXVIII.

Quien en unos bellos ojos  
Y en una tierna mirada  
Perdidamente se agrada,  
Va á arrepentirse de amar.  
De la que parezca un cielo  
Si neciamente te encantas,  
Verás que, como otras tantas,  
Tiene un alma muy vulgar.  
¡Ves ese tinte florido,  
Esas carnes deliciosas?  
Teme el olor de esas rosas,  
Y de ese prado el verdor.  
Porque entre esa pompa excelsa,  
De tantas galas vestida,  
La sierpe está que convida  
Con muerte al espectador.

¡Ay! triste á quien la hermosura  
Fraudulenta señorea;  
Ella en cautivar se emplea,  
Y él tan sólo en respetar.  
El vive de sí contento,

Ni mira su triste suerte,  
¡Oh infeliz! que vas á verte  
Hostia de un infame altar!

Yo á apostar por él me atrevo  
Que estuviera mejor solo,  
Sufriendo el frío del polo  
O el fuego del ecuador.  
Y que al mar más rebelado  
Y á la más sangrienta fiera,  
Si él se estima, no temiera  
Por escapar de su amor.

¡Cómo tener te es posible  
Por un objeto sagrado  
A la que así te ha robado  
Todo el fuego celestial?  
¡Quién tu ilusión te quitara,  
Y cual es te la pusiera  
A la vista, y te dijera:  
« ¡Esta es la ninfa inmortal! »

## XXIX.

AL REY, NUESTRO SEÑOR,  
EN 28 DE ABRIL DE 1814.

Vén, oh deseado  
Príncipe elemente,  
Llena el voto ardiente  
Del pueblo español.  
Tras de los terrores  
De feroz tormenta,  
Sus rayos ostenta  
Más gallardo el sol.

Vén, abraza al pueblo  
Que por tí se inmola,  
Ve en sangre española  
Los rios brillar.  
De escombros cubiertas  
Ve las dos Españas;  
Ve yermas campañas  
De uno al otro mar.

Los inclitos huesos  
De los esforzados  
¡Ay! mira sembrados  
Por tu libertad.  
Huérfanos y viudas  
En torno te claman,  
Y padre te llaman  
En su soledad.

Ve la España vuelta,  
Desde que te fuiste,  
En sepulcro triste,  
De lo que ántes fué.  
No hay remota aldea  
Que, por rescatarte,  
Del carro de Marte  
Hollada no esté.

Sólo tu palabra,  
Oh dulce Fernando,  
Ve de tí esperando  
A tu pueblo ya.  
De tus labios pende  
Darle nueva vida,  
Y España abatida  
Luego brillará.

Y de las cadenas  
De tu cautiverio  
Saldrá un nuevo imperio  
Cual jamás se vió.  
Y su nueva vida  
Será más dichosa  
Que cuando gloriosa  
Dos orbes domó.

Digno de dar eres  
Un bien tan preciado,

Príncipe educado  
Por la adversidad.  
En la escuela dura  
De tu desconsuelo  
Te ha enseñado el cielo  
A odiar la maldad.

De todos los monstruos  
Sabes que un tirano  
Es el más insano,  
Es el más traidor.  
A su torpe aliento  
Mueren con presteza  
Glorias y riqueza,  
Virtudes y honor.

Padre de la patria  
Serás, oh Fernando,  
Eterna afianzando  
Su felicidad.  
Que en la edad futura  
No puedan los reyes  
Romper de tus leyes  
La estabilidad.

De siglos en siglos  
Tu gloria eclipsando  
Del tercer Fernando  
Irá el esplendor;  
Y será en los pechos  
De tu pueblo grato  
Eterno el retrato  
De su rey mejor.

## XXX.

## Á JESUS.

¡Dónde, amado mío,  
Dónde fuiste, amado,  
Que así me dejaste  
A mí abandonado?  
Unico consuelo,  
Mi solo descanso,  
Luz del alma mía,  
Mi amor, mi regalo.  
Entre tantos vientos,  
Triste y desolado,  
Ya me vi en la margen  
De un fatal naufragio.  
Hasta mi alma el agua  
Había penetrado,  
Y un mar tenebroso  
Me estaba esperando.  
Pero tus piedades  
Invoqué humillado,  
Y en mí ya conozco  
Tu divino rayo.  
Bondad infinita,  
Si, me has escuchado;  
¡Ay! que ya me siento  
De tu ardor tocado.  
¡Buen Jesús! ya siento  
Que me has recreado  
Con la luz que ilustra  
Corazones mansos.  
Resplandor inmenso,  
Mi mente ocupando,  
Me hace, aunque á lo lejos,  
Tus misterios claros.  
Eterno, infinito,  
Feliz, soberano,  
Misericordioso,  
Poderoso, sabio,  
Grande, justo, bueno,  
Patente y arcano,  
¡Cómo tu hermosura  
Me tiene encantado!  
¡Ay amor! yo espiro;  
Mi pecho inflamado  
De su mismo incendio  
Arde enamorado.



Sublimes secretos  
Ya voy penetrando,  
Y mi luz perdiendo,  
Más alta luz hallo.  
Me parece verte,  
Padre no engendrado,  
Principio fecundo,  
Que produces cuanto.  
Puedes y cuanto eres,  
A ti en ti mirando,  
Con que el Verbo engendras,  
Tu eterno traslado.  
Gloria de tu gloria,  
Donde está sellado,  
Como está en ti mismo,  
Tu ser sacrosanto.  
Imágen querida,  
Por quien has formado  
Todas las grandezas  
De tu excelsa mano.  
Tu sabiduría,  
Tu Hijo muy amado,  
Sin cesar en todo  
Tu igual dimanando.  
Tu sustancia misma,  
Tan vivo retrato,  
Que, sino el ser padre,  
Todo te le has dado.  
Te amas, y el amarte  
En el trasladando,  
Mutuo amor, procedes  
A E-*sp*ritu Santo;  
De único principio,  
Aunque el esperar  
Ser de dos personas,  
El mismo ha enseñado,  
Mas el Padre al Hijo  
Le ha comunicado  
La virtud, que es una  
De esta suerte en ambos.  
Pero ¡qué delicias  
No me inundan cuando  
¡Oh lumbre del Padre!  
Te adoro humanado?  
De tu excelso sólio  
Al seno sagrado  
De la misma gracia  
Tu amor te ha bajado.  
Decid, serafines,  
Decid, coros santos,  
No tenéis envidia,  
De favor tan alto?  
Mi naturaleza  
Ya se ha sublimado  
Tanto, que Dios mismo  
Es Dios encarnado.  
A mí semejante  
Es ya ¡oh dulce pasmo!  
El que es semejanza  
Del Padre increado.  
Jesus amoroso,  
Mi querido hermano  
(Si, que tú este nombre  
Tú mismo me has dado),  
Vida de mi vida,  
Mi norte y dechado,  
Mi gracia y mi gloria,  
Mi esposo y mi amparo,  
Mi amor y mi todo.....  
¡Que ha de haber ingratos  
A ese inmenso incendio  
De necios humanos!  
¿Quién pudiera amarte  
Por cuantos insanos  
De tu amor, Dios bueno,  
Viven olvidados?  
Si mi propia sangre  
Pudiera ablandarlos,  
¡Que pronto, bien mío,  
Se vieran mudados!  
¡Ah! ¡si el universo  
Todo ardiera amando

A Dios que su sangre  
Vertió por librarlo!  
Al que su grandeza  
Y gloria ocultando,  
Su sagrada carne  
Nos da en dulce pasto.  
¡Ay! ¡alma dichosa!  
¡Qué tie no bocado!  
¡Qué santas delicias!  
¡Qué amoroso encanto!  
Entrad en mi pecho,  
¡Oh mi Esposo casto!  
Todo ya os lo ofrezco;  
Entrad, y aceptadlo.  
Tú en mí y yo en t' vivo;  
Mi alma en tierno lazo  
A ti vive unida,  
Sólo á ti aspirando.  
Como tú en tu Padre,  
Que á mí te ha enviado,  
Vives, yo en ti vivo,  
En ti transformado.  
Palabras que admiran,  
Mas que me han dictado  
¡Oh Verdad eternal  
Tus divinos labios,  
¡Ay amor! etc.  
Mi alma desfallece,  
Y está suspirando  
Por verse estrechada  
De tus dulces brazos.  
¡Oh criaturas todas!  
Venid á ensalzarlo,  
Y decid conmigo  
A mi Esposo amado:  
«Dichoso mil veces  
Quien ansia gozaros,  
Pues de su esperanza  
No será frustrado.»

XXXI.

## LA AMAPOLA (1).

Aquella primavera  
Que fué al pastor Dalmiro  
Invierno tenebroso  
De llantos y suspiros,  
Enfrente de la choza  
De Dóris, su martirio,  
Una amapola bella  
Brotó el estéril risco.  
En cuyas rojas tintas  
Miraba enternecido  
La imágen del incendio  
Que abrasa sus sentidos;  
Como la fiera roca  
Lo era del ceño esquivo  
Que hallaba en su zagala  
Su amor enardecido;  
Su amor, que en otro tiempo  
Ya Dóris satisfizo  
De la triunfal guirnalda  
Y el victorioso anillo.  
La cual, al tiempo que hace  
El sol mayor su giro,  
Le dió á Damon la mano  
Que desechó á Dalmiro;  
Que así tal vez desecha  
El delicioso lirio  
Quien de la torpe adelfa  
Halló en la flor su hechizo.  
O así tal vez dispone  
Algun fugaz capricho  
O algún error volante  
De todos nuestros hilos,  
Dalmiro, consternado,  
Más que del cambio inicuo,  
Del mal de su adorada,

(1) ARJONA dejó esta cantilena sin concluir.

Dejó el paterno nido,  
Y á los remotos climas  
Llevó su dardo fijo,  
En vano ¡triste! en vano  
Huyendo de sí mismo;  
Que no hay remedio alguno  
Contra el dolor impio  
Que alma segunda al alma  
El ser dejó cautivo.  
El sol corrió seis veces  
Por los celestes signos,  
Cuando volvió, buscando  
A su tormento alivio,  
Y trajo á sus hogares  
Un corazón marchito;  
Pero su amor más fuerte  
Y su dolor más vivo.  
Y al tiempo que la noche  
En velo denegrido  
La tierra y cielo enluta,  
A Venus tiempo amigo,  
De su crúel pastora  
Buscó el umbral querido,  
En lágrimas ardientes  
Bañando el mármol frío.  
«Dóris, ingrata Dóris,  
Siquiera mis suspiros  
Penetren hasta el techo  
Do triunfa mi enemigo;  
»Siquiera que te turbe  
Un sueño no tranquilo  
En que mi imágen rompa  
Tu sempiterno olvido.»  
Dijo. Venus escucha  
Su acento dolorido,  
Y la venganza fia  
A su feroz ministro.  
Armase de la aljaba  
El vengador Cupido,

## ROMANCES.

I.

## EL SEPULCRO DE MESALIO.

Vamos, Elisio; esta noche  
A visitar las cenizas  
De nuestro amigo Mesalio,  
Que toda virtud inspira.  
Bajarémos á la gruta  
Donde el mudo horror domina,  
Y un sobresalto esforzado  
El espíritu sublima.  
Allí las paredes toscas,  
De verde musgo teñidas,  
De los techos laceados  
El vano esplendor eclipsan.  
En todo el ámbito vasto  
Ningun ornato se admira,  
Y en medio el sepulcro yace  
De una piedra mal bruñida.  
Otro busto, otro trofeo  
No divierte allí la vista;  
Sólo la espada del héroe  
Sobre la tumba está fija.  
Pero ¡ah! para mí ha sido  
La más halagüeña dicha  
Que Mesalio á mí la llave  
De esta humilde cueva fia.  
Pues cuando la negra noche  
A los mortales convida  
Entre los brazos del sueño  
A mitigar sus fatigas,  
Yo á la tumba de Mesalio  
Bajo á cobrar nueva vida,

Y el amor á los mortales  
Allí se me comunica.  
Ya mis lágrimas diez años  
Han bañado su urna fría,  
Pero de mi llanto nace  
El esfuerzo que me anima.  
Allí á libertar aprendo  
La humanidad oprimida,  
Y á socorrer con mi brazo  
El débil de la justicia.  
Allí lo excelso y lo bajo  
Tienen la misma medida,  
Y la púrpura los vicios  
No cubre, sino publica.  
¡Ay! ¡Si allí me fuera dado  
Arrancar la espada invicta  
Con que en su trono los vicios  
Mesalio temblar hacia!  
¡Ah opresores! vuestra sangre,  
En justa pena vertida,  
El sepulcro colorará  
Do yace la virtud misma.  
Vamos, Elisio, bajemos  
A visitar las cenizas  
En que, disuelto Mesalio,  
Las virtudes nos inspira.

II.

## Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA (1).

Gran reina, que de las playas  
Del Brasil habéis venido  
A ser de los españoles  
El consuelo y regocijo;  
Nos, en cuyo amable rostro  
Despliegan todo su brillo  
De la majestad el fausto,  
De la belleza el hechizo,  
Oid los humildes ruegos  
Que os elevan, afligidos,  
Los alumnos de Talia,  
De Melpomene los hijos,  
Deidades ambas de Aténas,  
A que aromas arder hizo,  
Prosternado ante sus aras,  
El grande poder latino,  
Y arder los hizo en Italia,  
Desde que el albor benigno  
De la aurora de las ciencias  
Renaciera en su recinto.  
Desde el sacro Capitolio,  
De tres coronas ceñido,  
A estas deidades errantes  
Abrió un Médicis (2) asilos.  
Honráronlas desde entonces  
Grandes reyes, pueblos ricos;  
Luís (3) las honró en el Louvre,  
Y Fernando (4) en el Retiro.  
Y ¡por qué no! Una, severa (5),  
Muestra al malo el precipicio,  
Y otra (6) se burla graciosa  
De los humanos caprichos.  
Del Cid el lumbroso ejemplo  
Inspira al cobarde brioso,  
Y heroísmo á las matronas  
La que destronó á Tarquino.  
Mas, señora, los halagos  
Con que endulzamos festivos  
Los desvelos de un monarca,  
Los cuidados de un ministro,  
Nos son, en vez de premiados,  
Fieramente reprehendidos,  
Y las alas del ingenio  
Cargadas de torpes grillos.

(1) Hemos encontrado este romance entre los manuscritos de ARJONA; pero no está escrito de su mano. (Nota del Colector.)

(2) Leon X.

(3) Luis XIV.

(4) Fernando VI.

(5) Melpomene en la tragedia.

(6) Talia, en la comedia.

En vano, señora, en vano  
Nuestro rey esclarecido  
Querrá que su España emule  
Del gran Pericles el siglo;  
En vano querrá que monte  
El español atrevido,  
Con envidia de Racine,  
Sobre el coturno de Esquilo;  
Y que las gracias que ornaron  
Las riberas del Iliso,  
Y trasladó á las del Tiber  
El que á Cartago (1) deshizo;  
Copiadas de nuevos Lopes,  
Castiguen con risa el vicio,  
Y enmienden al destemplado,  
Al avaro y al altivo,  
Si la espada que debiera  
Vibrarse contra el inicuo,  
Contra los Roscos (2) y Talmas  
Ostenta sólo sus filos.

Así el deshonor exhala  
Sus influjos corrompidos,  
Y espiran las dulces artes  
Entre su vapor maligno.  
¡Tan imaculada y pura  
Es la edad en que vivimos,  
Que recela aún el contagio  
De un featro corregido?

¡De un teatro que en persona  
Honra el monarca benigno,  
Por cuyo rescate el Tajo  
Su raudal vió en sangre tinto?  
Monarca que es el dechado  
De la virtud escogido,  
Y cuya piedad eclipsa  
A Teodosio y Constantino.  
Y ¡en los españoles pechos  
Cabe levantar el grito,  
Qual si abatir intentaran  
Los templos del paganismo,  
Contra espectáculo honrado  
Por aquel rey que es caudillo  
De sus pueblos en virtudes,  
Aun más que en armas y en juicios?

Dijo un sabio (3) que es teatro  
Todo el mundo; quien sumiso  
Muestra adorar á su rey,  
Tal vez se adora á sí mismo.

Que sentado en alto trono,  
Es del orbe corrompido  
El amor propio el tirano  
Que al mundo envió el abismo.  
No así vos, justa Isabela,  
De la que al Fernando Quinto  
Y á la España hizo felice,  
Fiel copia, retrato digno.  
Mas vos, en quien las matronas  
De los maternos oficios  
Aprenden el santo empleo  
Y el más que humano destino;  
Nos, que sin el régio cetro  
Reinarais, pues el dominio  
De la virtud y hermosura  
Es imperial por sí mismo;  
Nos de la española escena  
Animais al ejercicio,  
Y vuestro ejemplo responde  
A mil sangrientos escritos.  
A nada grande se elevan  
Espíritus abatidos;  
Haya en el mundo Mecénas,  
Y no faltarán Virgilio.  
De la virtud y el talento  
El honor es el rocío,  
Como el oprobio es la escarcha  
Que abrasa el germen más vivo.

(1) Fué fama en Roma que las comedias de Terencio eran en gran parte obra de Scipion el Africano.

(2) Actor de Roma, gran amigo de Ciceron y de todos los mayores personajes de su tiempo.

(3) Sentencia de Epicteto.